

PRIMER PUESTO

El anónimo regreso de Urías Pinto

Yamid Galindo Cardona
"Edgar Piedrahita"
Cine y Televisión
Facultad de Artes, Comunicación y Cultura
yamid.galindo@uniagustiniana.edu.co

Urías Pinto llevaba tres años por fuera de su tierra, desplazado por los absurdos encuentros de algunos actores del conflicto. Salió huyendo sin nada en los bolsillos, sin corotos y *alicaído*, palabra tan común en aquellos días. Sosegado, le costaba levantar la mirada con los ojos medio tristes. Pensaba mucho antes de hablar y cuando lo hacía, era cortante, como aquel día que llegó ensangrentado de pies a cabeza y la desesperación de su papá había llegado al tope con los peligros de la zona, después de esperarlo más de medio día. Por descarte, había sido escogido para subirse a un camión, encapotado. Este podía ser secretamente su último viaje o, por el contrario, como le ocurrió a Urías, un paso hacia lo desconocido: despostar una res. Su cuerpo lo decía todo, o casi todo; no contó más, el resto tocó imaginarlo.

La región Guayacán, denominada así por la cantidad de árboles que acobijaban las calientes tierras, y que florecidos se mezclaban con ese verde seco, acosado por el sol, pasó de ser bellamente adornado por el amarillo de sus ramificaciones, al escalofriante uso que les dieron a sus sombras para reposar armas, disponer cambuches y crear fosas comunes. Nunca creyeron que les iba a llegar el aliento de la guerra. La veían lejana, pero la guerra camina lenta, pausada y certera. Les fue llegando por rumores, en notículas mal redactadas, en visos funestos de inhumanidad que, en una sola imagen, reflejó toda la tragedia: el día en que don Joaquín Cisneros sirvió dizque de ejemplo para el pueblo y la vereda, cuando fue sacado de su tienda a rastras y llevado a la plaza central para ser asesinado, picado e incinerado; una forma de crear terror y muchas, de salir corriendo.

Ahí estaba Pinto, recién salía de la tienda de don Joaquín, acababa de negociar unos quesos que había fabricado con la leche de tres vacas flacas que ayudaban a soportar la economía familiar, feliz con ese trueque realizado por abastos. Se dirigía a la salida del establecimiento cuando se topó de frente con una mujer vestida con

prendas militares, seguida de cinco hombres que parecían sus subalternos, cruce de ojos que mermó la seguridad de Urías. Afuera, mientras organizaba los aparejos de su caballo Copetín, escuchaba atento las reclamaciones, los insultos y el certero veredicto, sin juicio, sin defensa: «¡Usted está condenado a muerte! Ha sido colaborador de la guerrilla, les ha vendido insumos y resguardado en tiempos de guerra para que pasen a ser civiles, por lo tanto, ¡es un traidor a la patria!».

Su escozor le hizo temblar su cuerpo, sensación transmitida a la bestia que relinchó de forma desesperada, como si supiera los por menores de la acción que se estaba llevando a cabo. No podía salir de la plaza, era obligación estar presente, recibir el mensaje, ver la clase en vivo, sentir el dolor de un hombre y su familia y guardarlo en su memoria para aprender. Lo que tanto temieron los había tocado, no había regreso, un nuevo orden patriótico se instauraba, el mensaje político era claro y con línea directa desde las altas esferas del poder.

Después de permanecer toda la tarde como prisioneros de lo castrófico, dejaron que los pobladores regresaran a sus casas, sin ni siquiera imaginar la estela de cuerpos dispersos y a la vecindad de la ronda. El paso de la muerte era diciente y —en algunos casos, con letreros que avisaban las posibilidades de continuar o no con vida— cada poblador iba quedando en su dolor, pobres almas frágiles que parecían desasir en vida este mundo ante el cuadro que les tocaba; cada uno esperando su turno, en silencio, derrotados, intuyendo la escena del teatro nacional que parecía que era repetitiva y con diferentes actores en el entramado del trance armado.

A una cuadra, Urías empezó a sentir como su corazón latía rápidamente, al punto de sofocarlo. Sus expectativas no iban más allá de la posibilidad de encontrar el cadáver de su padre, una historia más que pasaría a los registros estadísticos sin resolver, a la común

invisibilidad de muchos ciudadanos perdidos en el horizonte. Así fue, permanecía en el salón boca abajo con un profundo carmesí, mezclado con su camisa blanca; el “manto negro” guerrerista lo había abrigado, el paso de la bota y la velocidad del plomo le cobraban su vida, la cual parecía prestada ante su pasado, cuando era niño y escapó de la violencia partidista, y en su juventud, cuando prestó obligatoriamente su servicio a las fuerzas militares y se escurrió de una toma guerrillera. Esta vez no pudo; sus fuerzas eran otras, el contexto lo arrastró a otra dinámica y, ante todo, le cobraron ser de la región, así simplemente no congeniara con ningún grupo.

La reacción fue instantánea, arrastró hasta un sitio visible el cuerpo destrozado y lo dejó súbitamente para que pudiera ser recogido. Medio se lavó sus manos ante la caída de la noche y sintió que esa sangre familiar seguía impregnada como huella eterna. Recogió algunas de sus prendas y las empacó en un viejo maletín de cuero, taponó las ventanas y la puerta principal, simplemente dio la espalda y se perdió en medio de una pequeña niebla.

Recorrió kilómetros al paso cachazudo de Copetín, avizó una población que le parecía indiferente ante su tragedia, siguió derecho, pasó frente a una base militar, un parque, una casa de lenocinio en pleno furor festivo y una iglesia a medio pintar con un gran letrero que decía: «Aquí entran los fieles a recibir la paz del Señor». Se bajó del caballo, se persignó y se arrodilló para deletrear tres frases inentendibles, llenas de ruego y angustia, las cuales terminaron en queja de abandono celestial: «Si Dios existe, hoy nos desabrigó en este espacio». Se levantó, prosiguió su recorrido, era la hora del gallo, tocaba alejarse y ganar metros de distancia ante la inminente zozobra. Cogió la madrugada, y el día entero, con la luna y el sol de frente, hasta arribar al penúltimo escaño de su meta. Allí resolvió vender a su cuadrúpedo, escasos pesos que solventaría sus días iniciales en el área de su desesperanza.

Ubicado en una ruidosa y maloliente pensión, planificó sus posibilidades, no muy claras, ante la luz de los acontecimientos. Las ayudas institucionales, la búsqueda de familiares que le dieran una mano, la agencia de empleos sin conocer de otros oficios por fuera del trabajo en el campo: todas en un terreno árido que poco o nada ofrecían. En una de sus andanzas, descubrió un grupo de personas que leían en las paredes el periódico con noticias tardías, se acercó para ver cuál era la novedad y descubrió con espanto el texto de una masacre en inmediaciones de su tierra, su destrucción, sus conocidos, su progenitor... Las tres exiguas fotos mostraban algunos cuerpos, el relato era una simple mezcla de crónica roja con edición noticiosa radial y escuetos pormenores de las causas sociales de esa situación, morbo exaltado de la forma en que cayeron esos pobladores.

Entre párrafos, Urías descubrió el listado de víctimas: Elías Pinto estaba allí. Se abrió paso entre dos personas y pidió un lapicero, que le fue prestado por una anciana; lo tomó enérgicamente y puso debajo de esas diez letras y su espacio una remarcada línea roja. Al final, simplemente se informaba que, ante la falta de familiares para las exequias, la municipalidad había optado por entierros colectivos en cárcavas grupales. A ese acto no había asistido Urías, pero sabía en dónde sosegaba su padre. Su presente se predestinaba en dos situaciones: abandono y muerte en su terruño o las opciones que fue descubriendo gracias a esa mujer que esperaba la devolución de su útil de escritura. Doña Ariadna, así como el mito, entregaba la oportunidad a su recién conocido de resarcir sus problemas, los urgentes, trabajo y vivienda en su amasadero, aprendizaje que fue llevado e hilado por días y meses hasta adquirir cierta destreza; la suficiente para superar un primer escollo, la estabilidad para cavilar y empezar un nuevo camino.

Muchas fueron las horas y muchos los días en que pensó sobre su vuelta, «recoger los pasos», como Ariadna le advertía al recalcarle

que sus kilómetros se medían en metros de expectación, la misma cantidad a la inversa con su desasosiego. Mil noventa y cinco fechas sin saber nada del aire y el polvo de su heredad. La política, bien o mal, había hecho lo suyo con el conflicto: condenado, perdonado, expropiado lo expropiado y actuado de buena fe ante las víctimas y sus victimarios, ecos de paz que algunas aves de rapiña insistían en acallar, pero que daban la confianza para tornar.

Frente al espejo notó cenizas en su cabellera, cejas y barba a medio afeitar, líneas de expresión que dejaban notar sus grandes ojos como lámparas resplandecientes sin apagar, definitivamente había un cambio. Debía afrontar su nuevo y viejo destino, el cual, sin ser desconocido, lo ponía en otra posición, la de víctima que reclamaba sus derechos, y se redimía ante sus bienes terrenales: los del hombre transgredido. Abordó dudoso la flota intermunicipal, se adentró hasta uno de los puestos finales especulando sobre esa terrible realidad que lo esperaba, su nueva maleta era más oficiosa, ropa bien doblada, algo de dinero y el viejo juego de llaves de su casa en uno de los bolsillos.

Al bajarse del bus, observó la perpetuidad de la travesía. La extensa calle era la «balada triste de trompeta», al estilo cantor de Rafael. Costaba observar los frentes y sus paredes a medio pintar, convertidas en mapas de países inexistentes, puertas envejecidas, ventanas clausuradas, andenes despulidos y la eterna esquina de encuentro solidario, convertida en perenne soledad.

Eran espacios ansiados. Girando, cada paso significaba un recuerdo inesperado en los puntos del territorio abandonado: la rebosada tienda de Joaquín y Carlota, los mezclados olores en la zapatería de Gustavo, las moscas en los cortes al aire de la carnicería de Arnulfo, la «pava congona» musicalmente sonora en el bar de Eustaquio y la vigilante capilla a dos cuadras del mundano hábitat.

Testigo mudo, vio acercarse el momento. El latente corazón renunciaba por instantes al esfuerzo. La llave separada del fajo y pegada

a la palma de la mano era una marca adherida a la piel obligada por los dedos a emprender el recorrido tembloroso en función de la chapa de la puerta, la cual, cerrada por el acontecer social de una huida sin previo aviso, se había emparentado con la guerra.

Ante el obligado abandono de su morada, sintió el gruñir de la madera. El polvo enrarecido fue descubriendo nuevamente el espacio familiar: telarañas, objetos en el suelo, un cristo de espaldas, el esqueleto de un perro sin nombre, y el lustre de una mancha lo atestiguaba todo. La muerte había espantado el calor humano, y le tocaría a él enmendar sobre lo derruido, afrontar la nueva realidad.

Con el extraño ruido de la puerta cerrada y el incesante canto de las cotorras maiceras, comenzaría un nuevo capítulo sobre el sentirse único en la vía, mientras otros seguían a la vera del camino.